

PENSAMIENTO UTOPICO Y FUNDAMENTALISMO RELIGIOSO EN EL METABOLISMO SOCIO-POLITICO DE ISRAEL

Juan Maestre Alfonso
(Universidad de Sevilla)

RESUMEN

En la formación del Estado de Israel han intervenido variados componentes ideológicos y culturales. Entre los primeros cabe destacar un pensamiento de corte marcadamente socializante que pretendía compatibilizar la expectativa sionista con la búsqueda de un hombre nuevo. Así se originó un amplio entramado socio-económico que iba desde la comuna integral, el kibutz, a la simple colonia agrícola, la moshava, complementados por un conjunto de estructuras sindicales y cooperativistas. Como contrapunto siempre coexistió con movimientos fundamentalistas de carácter religioso y perfiles culturales tradicionales. La demografía, las nuevas inmigraciones, principalmente de Rusia, los condicionamientos internacionales y la dialéctica del terror, han causado que ese pensamiento utópico haya cedido el paso a concepciones integristas que no excluyen nuevas «soluciones finales», actualmente dirigidas a la población palestina, no obstante, aún subsiste en Israel un considerable sector social progresista y hasta pacifista.

ABSTRACT

Several cultural and ideological components have contributed to the formation of the State of Israel. Among the ideological ones, it is worth pointing out the existence of a socializing way of thinking, that pretended to make compatible the sionist expectations with those of the creation of the «New Man», in this case a jewish one, that would contribute to the creation of a «jewish nation» based on a society that could alter the features that have been traditionally considered as typical of the hebrew community. In accordance with that, a wide socio-economic net was created that included the integral «commune», which covered even family aspects -the kibutz-, the rural farming village -the moshava-, as well as a series of cooperative and unionist structures, both rural and industrial. On the other hand, all the previous always had to coexist with religious fundamentalist movements and traditional cultural features. The changes derived from demographic growth, from the new waves of inmigrants (specially those from Russia), the international constraints, and the consequences of terror, have forced that utopian way of thinking to give way to integrist conceptions that do not exclude new «final solutions», currently directed against the palestinian population. However, Israel still hosts an important social sector that supports progressivism, and even pacifism.

Israel, como actor político internacional, aparece ante la opinión pública, al menos la española, de un modo plano. Como si se tratara de una foto fija. Por una serie de mecanismos psicosociales, en los que influye el elemento histórico, los españoles, que participan de muchos prejuicios «antimoros», son mayoritariamente, de un modo abrumador, propalestinos. Es un sentimiento en el que intervienen la simpatía por el débil y el oprimido, cualidades que conducen normalmente, por muchos giros dialécticos que se quieran dar, al perdedor. Una actitud, un tanto estimulada, por la caridad, que junto a la piedad integran valores constituyentes del catolicismo mediterráneo, bien diversos a los de la ética de los resultados como señal divina propia del protestantismo dominante, que los dirige a una mayor valoración del éxito y, por consiguiente, del fuerte.

Israel, como Estado, es una democracia parlamentaria, en cuyo parlamento, el KNESET, caben hasta los árabes con ciudadanía israelí y otras tendencias minoritarias, tanto de extrema derecha, como de extrema izquierda. Las mayorías son las que gobiernan a través de sus representantes elegidos. Formas y tácticas muy poco usuales en los países vecinos, que oscilan entre un residual medievalismo feudal y la dictadura. En estos lugares, contrapunto del estado judío, a excepción de en el Líbano, las rupturas sólo pueden llegar de modo traumático y brusco, adoptando modelos que excluyen procesos de transición. Lo dilatado, ya endémico, de la confrontación árabe-israelí ocasiona que se realicen precipitadas y nada rigurosas traslaciones de formas, contenidos y significados de los, simbólicos o no, representantes del poder político. Las diferencias entre Arafat, y no digamos Sadam Hussein o cualquiera de los «petro jeques» de toalla en la cabeza y nutrido bolsillo, y Ariel Sharon, van muchos más allá de la del bueno y el malo, que realizamos por nuestra parte o promovidos por el «medium» del fundamentalismo de Bush (el hijo, el feo, el malo o quizás el peor). No es que no existan complejas estructuras socioculturales en el caso de los árabes -pensemos que tan sólo en Irak están representadas trece modalidades del cristianismo y que no son residuales si el vicepresidente del país es precisamente cristiano-, sino que no participan -excepción del Líbano, repito- como sujetos en la dinámica de la política, aún cuando algún sector social, un clan, o un grupo religioso o regional se instale en la cúspide del poder, como sucedió en Arabia y de allí en todo el Oriente Medio o en Siria con Assad El Haffed. Por el contrario, en Israel sí hay intervención e interacción a través de diversos canales -opinión pública, pluralismo político, desarrollo institucional democrático, corporaciones sociales y económicas, élites intelectuales, agrupaciones religiosas? y, aquí viene la mayor perversión del sistema, poderes económicos o políticos externos, aliados con la comunidad político-territorial del actual estado de Israel.

Israel, en su dimensión político-administrativa, participa de la característica de los estados modernos de poseer una burocracia, en su caso no muy aparatosa, ni excesivamente numerosa, pero sí eficaz y operando al servicio del poder político en las metas y objetivos que éste decide -suponemos o esperamos que democráticamente- y actuando para la buena marcha de la sociedad israelí, mayoritaria, pero no exclusivamente judía. En cualquier caso es plural: social, política y hasta históricamente, lo cual no resulta óbice para que actúe como una

maquinaria dirigida piramidalmente. Una parte de este aparato burocrático, como en otras partes, pero aquí con mayor protagonismo, son las fuerzas de seguridad que comparten buena armonía, según parece, con el ejército. La administración israelí desempeña más funciones que las propias de otros estados democráticos y modernos. Israel ha sido un país en construcción, y esa condición le asignó tareas específicas y originales. Recordemos que ha «construido» hasta el idioma y otras muchas cosas, entre las que se encuentra un buen repertorio de mitos y símbolos necesarios para recrear una identidad nacional y una ideología capaz de compatibilizar con la religión nada menos que del pueblo escogido, también nada menos y nada más que por Dios. Tareas ingentes que han requerido eficacia y competencia, cuya representación, fuera del país, ha sido subsumida en los dirigentes gubernamentales con menoscabo de los departamentos ministeriales e incluso de las autoridades locales a las que históricamente les correspondió un importante protagonismo.

Israel se gestó, nació y creció con dolor; el propio y el ajeno. Luchando, defendiéndose y ofendiendo. Aptitudes que han formado parte de su esencia y existencia, con todo el valor que se les da a estos términos, ciertos filósofos comprendidos. En consecuencia, el ejército, inicialmente derivado de actividades militares clandestinas, terrorismo incluido, se ha convertido en una poderosa maquinaria de matar más y mejor, hasta constituir una de las fuerzas armadas más poderosas a escala mundial con capacidad de enfrentarse con fulgurantes éxitos a un contrincante que ha llegado a ser cincuenta veces más numeroso, aunque incapaz de evitar que se le enfrente una chiquillería miles de veces más indefensa, e ineficaz, para vencer un fanatismo y una desesperación inconmensurables, sustituyendo batallas por represalias. Tareas nada fáciles y que requieren aún mayores dosis de organización, disciplina y coordinación con otras instancias políticas y sociales.

Israel no puede permitirse fisuras en todo su armazón institucional. Resultaría fatal que tal situación aconteciera, aunque fuera de modo parcial. Por ello, el logro de la armonía entre las diversas piezas origina que aparezca con un solo rostro, el de sus gobernantes, representados en su Jefe de Gobierno y pocos más, o prolongándose como mucho al o los partidos gobernantes.

Estos efectos, estas situaciones, promueven esa falsa imagen de foto fija a la que me refería inicialmente y que en una situación de confrontación con los palestinos, ante los que normalmente nos alineamos los españoles, se tiende a actitudes y análisis muy próximas al maniqueísmo. Como si la tragedia que afecta a aquellas tierras y aquellas gentes -de hecho unas mismas tierras que se disputan dos grupos de gentes con títulos de propiedad muy diferentes- discurre como una película de buenos y malos, o se tratara de un relato del «género la berza», tan usado en la pseudoliteratura social del siglo XIX y principios del XX, en que los pobres eran muy buenos y los ricos y poderosos muy depravados y explotadores.

Así, por muy antipático o simpático que nos parezca, o de hecho resulte el representante máximo y principal ejecutor de la política gubernamental israelí, es tan sólo la resultante de una serie de vectores sociales, políticos, económicos y

culturales -evidentemente unos más poderosos y presentes que otros-, que han actuado y actúan promocionando ese protagonismo rector, y que están capacitados -igualmente con potencial diferente- para actuar en el futuro. En las páginas siguientes trato de procurar un acercamiento a la descripción de la presencia e intervención de esos vectores, centrándome en el plano social e ideológico, y con una orientación diacrónica.

Israel como invención

Entre los americanistas resultó en su momento sugestiva la idea que expresó el historiador mexicano O'Gorman respecto a que, desde la perspectiva del presente, se ajusta más a la realidad hablar de la «invención de América» que del «descubrimiento de América». América, la América que conocemos, es producto de una serie de voluntades y de circunstancias históricas y sociales en las que han actuado choques de culturas, etnocidios y genocidios, emigraciones variopintas..., cuyo resultado ha sido una América y un americano inexistente anteriormente al 12 de octubre de 1492. Pensemos que hoy el máximo exponente de la civilización occidental radica en una república de európidos situada en América del Norte, que México y Brasil son las naciones con más católicos del mundo, que más del 99 por cien de ese continente se expresa en lenguas europeas... y muchos otros fenómenos más, que no vienen al caso en este momento. Todo esto avala la distinción hecha por antropólogos y tecnólogos entre descubrimiento e invención -asimilación social del descubrimiento-, inclinando a que sea más adecuado -como indicó O'Gorman- designar a ese gran hecho social y cultural que representa América como «invención».

Pues, en lo que respecta a Israel, al actual estado de Israel y a los israelíes -no a los bíblicos israelitas-, les cabe aún con mayor puridad el calificativo de *invención*.

Desde que Tito destruyó el Templo, obra que concluyeron Vespasiano y Constantino, en Palestina sólo se conservaban, hasta finales del siglo XIX, pequeñas colonias judías en las cuatro ciudades santas de Jerusalén, Hebrón, Safed y Tiberia. Eran estas comunidades pequeños círculos de judíos extremadamente religiosos, introvertidos y únicamente dedicados a prácticas religiosas y al estudio y conservación del Torah en su más pura y exacta interpretación.

El hogar judío coincidía con la diáspora, y ésta llegaba a recónditos lugares. En Marruecos, más abajo del Atlas, en los aldeaños del desierto, concretamente en Zagora, existió un reino judío. En el otro extremo del mundo entonces conocido, en el Sur de la India, en el actual Estado de Kerala, también cristalizó una comunidad judía con forma política autónoma y que coexistió con la comunidad cristiana evangelizada allá por el siglo I por Santo Tomás. En Cochín aún se puede visitar la sinagoga más antigua de Asia y todavía subsisten tres familias extendidas de judíos. En el Yemen y en Etiopía han persistido desde los tiempos de la Reina de Saba y del sabio Rey Salomón comunidades judías. Djerba, en Túnez, ha sido una isla poblada por judíos hasta hace poco tiempo.

No obstante es en Europa, principalmente en sus confines septentrional y meridional, donde se establecen los principales núcleos judaicos, dando origen a dos comunidades troncales; a los dos grandes grupos hebreos: askenazis y sefardíes. Dos grupos diferenciados en muchos aspectos litúrgicos, culturales y hasta lingüísticos. Los sefardíes adoptaron el castellano¹ que conservaron en los balcanes y Norte de Africa -en tierra del Islam precisamente-, donde recibieron protección y cobijo cuando fueron expulsados de España. Por su parte, los *askenazis* lograron una especie de lengua vehicular, el *yidish*, que -como en el caso paralelo del caribe centroamericano- está compuesto por términos originarios de vocablos procedentes de los países donde se asentaron -de Alemania a Rusia- sobre una base gramatical y parte del léxico con raíz en el hebreo de la época anterior a la dispersión.

Deportaciones, expulsiones y persecuciones jalonaron la historia del judaísmo, tanto antes como después de Tito. Los *pogroms* han estado afectando a los askenazis hasta conectar con «la solución final». El sentimiento de animadversión hacia los judíos ha llegado a penetrar en el imaginario simbólico de las culturas con componente cristiano. El deicidio como justificación alimentó y canalizó odios y rencores, que de hecho radicaban en el necesario choque entre dos comunidades con papeles económicos e históricos contrarios, y que coexistían en un mismo espacio geográfico y político. En esas circunstancias, que tire la primera piedra quien esté libre de pecado. Y me refiero a las dos comunidades. Hasta en España, puesta como ejemplo de buenas relaciones entre cristianos, musulmanes y judíos. «Perdimos Sion y España, nido de consolación...», se dice en una canción sefardita. La realidad desmiente los mitos de la historia oficial. No acuñamos ningún término específico, como en el imperio zarista, para designar matanzas y persecuciones antisemitas; pero haberlas hubo las. Según parece, yo mismo vivo en Sevilla al lado de un osario procedente de una de esas matanzas y en el mismo lugar en que residió la legendaria Susona. San Vicente Ferrer, quien, por cierto, parece ser que tiene el récord en la realización de milagros, provocó sangrientos incidentes antisemitas, lo que no fue óbice para acompañar en el santoral algunos otros insólitos ejemplares de «cristiano mator de semejantes»: Fernando III, Luis de Francia, Juana de Arco..

Hogar, nuevo hogar

En este caldo de cultivo y en momentos en los que muchos europeos integraron migraciones masivas, es cuando a finales del siglo XIX comienza una verdadera corriente sionista y cuando empieza a producirse la inmigración de los judíos de la diáspora hacia tierras de Palestina. La primera *aliyat* (término hebreo con el que se designan las distintas emigraciones) se desarrolla en el intervalo que va de los años 1882 a 1992. Formada casi exclusivamente por gentes procedentes de Rusia e integrada por miembros de la organización BILOU, siglas que corresponden a Beth Ya'akov, lekon venelekha, y cuya traducción al castellano corres-

1 Ellos lo designan como ladino o judeo-español. Existen en Israel emisiones de radio en esa peculiar versión, o conversión, del castellano.

ponde a la frase «casa de Jacob, marchemos». La mayoría de estos inmigrantes, por no decir la totalidad, carecían absolutamente de conocimientos agrícolas, pues eran antiguos estudiantes, proveedores de servicios o comerciantes arrancados de sus ciudades natales por los pogroms de su época. Sin embargo, «la Tierra Prometida» no se prestaba a la aplicación de sus conocimientos, por lo cual se vieron impedidos a trabajos agrícolas. Por otra parte, este era el primer paso a dar para conseguir la construcción de su esperado «país». Se establecieron en *moshavath* (plural de *moshava* = pueblo), pequeñas aglomeraciones rurales, cuya existencia fue penosa en grado sumo y que subsistieron gracias al Barón Rothschild, cuyos administradores tutelaron, financiaron, y a veces hasta tiranizaron aquellas mínimas colonias.

En 1887, Teodoro Herzl fundó en el primer Congreso Sionista el Movimiento Sionista Mundial con el claro propósito de crear, en Palestina precisamente, y no en Uganda o en otras partes que se le propusieron, «un Hogar para el Pueblo Judío, garantizado por el derecho público». Los judíos del mundo entero contribuyeron por medio del Keren Kayemet (Fondo Nacional Judío) a formar un capital con el cual se adquirieron, y se han seguido adquiriendo hasta el momento en que el ya Estado de Israel posee otros medios de apropiación, tierras «en propiedad inalienables para el pueblo judío», preparándolas para la colonización.

No se trató de un hecho insólito y exclusivo de los judíos. En esa misma época se produjeron situaciones similares protagonizadas por comunidades religiosas o políticas que, con suerte diversa acometieron proyectos parecidos. Los menonitas aún subsisten en Paraguay y América Central; los amish prosiguen su furor antimodernización como modo de vida en Estados Unidos, donde los polígamos mormones, superando persecuciones, controlan actualmente el estado de Utah. Brasil y México conocieron experiencias de colonizaciones de raíz ideológica. Hasta en España no faltaron los intentos de falasterios en lugares tan poco propicios para ello como Jerez de la Frontera y Pozal de Gallinas en Palencia. Por lo tanto, no resulta descabellado que comunidades judías amalgamadas e impulsadas por componentes ideológicos como supervivencia del grupo, cultura compartida, referentes históricos y la simbiosis de viejas creencias religiosas con las nuevas expectativas políticas y sociales, procedieran en «la Tierra Prometida» a realizar lo que muchos otros intentaron en otras partes. Igualmente que experiencias similares, estos colonos participaban de un claro, aunque diverso y puede ser que contradictorio, componente utópico.

Por otro lado, hay que tomar en cuenta la situación geopolítica en la que se encontraba inmersa Palestina en aquellos momentos y las circunstancias históricas por las que atravesó. Por tierras palestinas había pasado todo bicho viviente: desde los persas a los cruzados para acabar insertándose en el Imperio Otomano hasta que éste fue desalojado de allí y de otros lares como consecuencia de su alineamiento con los perdedores de la I Guerra Mundial. Poco dejaron los turcos en Palestina, como en otros lugares de Oriente Medio: a parte de la nada desdeñable defensa del Islam y de algunas especialidades gastronómicas de segundo orden para la muy rica cocina turca, despotismo militarista teñido de decadente y contradictorio con las exigencias de los cambios en su último perio-

do. Siempre admitiendo, comparativamente con el intransigente mundo cristiano, una cierta tolerancia religiosa y étnica. El área estaba humanamente desocupada en su mayor parte, a excepción de tribus nómadas y un puñado de ciudades históricas así como de un conjunto de núcleos de población en una franja de territorio al Mediterráneo; gran abundancia de *res nullius*.

Como es sabido, Lawrence, conocido como «de Arabia», aunando habilidades y conocimientos militares, antropológicos y eróticos, se convirtió en el perfecto agente secreto que logró que unas cuantas tribus árabes, o sea de Arabia (la aclaración no es ociosa), se insurreccionaran contra los turcos, convirtiéndose en un factor decisivo para su derrota en Oriente Medio. A la catástrofe político-militar de Turquía siguió el reparto arbitrario y rapaz de esa parte del mundo, aplicándose una práctica que venía siendo utilizada por todo aquel que tenía fuerza militar, política y económica. Francia se quedó mandando -a la forma jurídica la denominaron *mandato*, designación menos hipócrita que otras- en Siria y en Líbano, y Gran Bretaña en Palestina, todos territorios cercanos al Mediterráneo y más ricos que los del interior.

Las otras parcelas del ex imperio turco se convirtieron en reinos, cuyas fronteras fueron trazadas en Versalles con escuadra y cartabón, y asignadas arbitrariamente a los jefes, no a los pueblos, de las tribus árabes que lucharon a favor de los aliados. No tenían más títulos para ello que hablar árabe, ser de una corriente musulmana y sobre todo el de vencedores en la guerra. Aman y Bagdad quedaban a más de mil kilómetros de la capital de Arabia Saudí. Un reparto medieval o colonialista, o las dos cosas a la vez, de unas tierras y de unas gentes. Si el petróleo ya se hubiera convertido en un práctico objeto, casi sujeto, de política internacional, el mapa de Oriente Medio habría adoptado perfiles bien diversos a los actuales. Todo esto viene a cuento de poder calibrar de un modo cierto y justo de la composición mental que pudieron hacerse algunos judíos respecto a sus derechos sobre eriales y pantanos abandonados y que hasta 1945 compraron.

De 1902 a 1914 se desarrolla la segunda *aliyat*. Grande es la importancia de esta segunda ola de inmigrantes, por el elemento ideológico de que se hallaban imbuidos. Las persecuciones políticas del régimen zarista en la etapa pre-revolucionaria fueron el origen de este éxodo; por tanto, estaba formado por jóvenes socialistas y anarquistas (muchos de ellos de corte tolstoyano), que vieron frustradas sus tentativas revolucionarias y que marcharon a Palestina no sólo con el pensamiento de un renacimiento nacional, sino también con ardientes deseos de realizar las reformas fracasadas.

Los diversos acontecimientos internacionales motivaron las siguientes *aliyats*. De 1919 a 1925, la tercera, integrada por rusos disconformes o recelosos de lo que significaba el bolchevismo. El antisemitismo polaco de los años siguientes a la primera guerra mundial fue la fuerza motriz de la cuarta, desarrollada de 1925 a 1928. El nazismo trajo la quinta, de 1933 a 1939. Las masacres y las persecuciones fascistas produjeron la sexta, que va de 1939 a 1947, año de la «Independencia», y que está caracterizada por la entrada ilegal en el país y por las gestiones realizadas por la partición y preparación de la guerra. A finales de

1947 se encontraba en Israel una población hebrea de seiscientos cincuenta mil almas. La séptima y última inmigración, que llega a nuestros días, está caracterizada por la llegada de grandes masas y casi puedo agregar, también por la propaganda sionista, desarrollada en el universo entero.

«La Tierra Prometida», «el país de la leche y de la miel», y demás cosas que pensaban encontrar los inmigrantes, no eran más que unas colinas gredosas y despobladas de vegetación, unas planicies pantanosas pululantes de mosquitos e infectadas de malaria y un árido desierto donde la lluvia en algunos lugares es absolutamente desconocida. Si a todo esto añadimos la falta de preparación pertinente al género de vida que debían desarrollar los inmigrantes y la situación política, tanto interna como externa, no nos hace falta un exceso de imaginación para llegar a la conclusión de que la situación no tenía nada de halagüeña y sí mucho de precaria.

El kibutz, comuna integral.

La emigración a las ciudades es un tanto tardía. Inicialmente, el inmigrante judío sólo se localizó en aldeas agrícolas, sobre las que la historia de Israel puede ofrecer diversas modalidades que señalaré más adelante. La más importante y conocida fue y es el kibutz como máxima expresión del pensamiento utópico israelí, a la vez que célula fundamental para la creación del estado judío. Su proceso de formación, como el estudio de su transformación hasta la situación un tanto marginal que lo caracteriza actualmente, capacita para estudiar y profundizar en los metabolismos que han afectado a Israel. El kibutz ha sido durante mucho tiempo la más típica forma de organización social y del trabajo de los israelíes. Actualmente, resulta extraño que haya desempeñado tan fundamental papel. Hoy la punta de lanza de la política de Israel y el eje alrededor del que gira su conflictividad es el asentamiento que poco tiene de común con los *kibutzim* (plural de *kibutz*), a parte de ser una pieza esencial en la expansión y en la configuración del territorio potencialmente «nacional».

En términos muy generales: se puede definir como una cooperativa de producción sobre suelo nacional, basada en libre participación de sus componentes. Es fruto de las ideas de los participantes en la segunda aliyat, integrada en su mayoría por socialistas. Según el grupo Ronny «...el trabajador judío debe buscar nuevas formas de organización rural. Debemos trabajar la tierra por nosotros mismos y producir los géneros que nos permitan abastecernos tanto como nos sea posible». Tal era la conclusión formulada en 1908 por jóvenes recién llegados de Rusia y que en la actualidad está prácticamente olvidada.

Frente a la experiencia de la aldea agrícola en su concepción más vulgar la moshava, los participantes de la segunda inmigración antepusieron la de la *kvutza*. Esto por un doble motivo: En primer lugar, por estar ésta de acuerdo con sus concepciones ideológicas. En segundo lugar, por considerar a la *kvutza* más adecuada para conseguir la redención de tan ingratos terrenos y, además, por entender que la forma comunitaria se prestaba más a las necesidades defensivas contra árabes y beduinos.

Hasta llegar a la estructura actual del kibutz, se hicieron diversos ensayos. El primero fue obra del profesor Franz Oppenheimer, que propuso organizar la producción de tal forma que los salarios debían ser pagados según ésta, al menos durante los primeros años y todo, también, bajo la tutela y dirección de un experto agrícola. Fue en Kinnerth y sobre terrenos pertenecientes al Fondo Nacional Judío, donde se llevó a la práctica una colonia con estas características y que constituyó un rotundo fracaso.

Es en 1911, cuando Arthur Ruppín, Director de la Oficina Palestina de la Organización Sionista, concede el permiso al grupo Ronny, formado por seis personas, para establecerse en parte de las tierras de la antigua colonia de Kinnerth, situadas a la otra orilla del Jordán, a más de 200 metros bajo el nivel del mar y en una zona infectada de malaria. Construyeron una cabaña y a sus dominios convinieron en llamarle Degania: el primer kibutz.

Degania y Aaron David Gordon están íntimamente ligados a la historia del socialismo sionista y constituyen a la par las bases gracias a las cuales se ha podido construir el Estado de Israel. Degania fue fundada por un minúsculo grupo de pioneros, a los cuales no les bastó el apartarse de sus países de origen, sino que también se apartaron de la tendencia dominante en gran parte de su raza, que sólo había sido integrada por comerciantes o proveedores de servicios, viviendo alejados del trabajo agrícola y ligados al mundo crematísticos. Pues bien, quisieron forjar su existencia, constituyendo una gran familia que dirigiera sus asuntos por consentimiento mutuo, basada en la justicia social y con la prohibición del trabajo asalariado. Gordon enseñó a sus compañeros de Degania que el trabajo manual en el seno de la naturaleza exalta y redime el espíritu humano.

La ideología del kibutz fue cambiando según éste se iba desarrollando; así vemos como el sistema de salarios según la producción constituyó un gran fracaso y hubo de ser sustituido por otro principio: «de cada uno según sus capacidades a cada uno igualmente». Sin embargo, este principio era demasiado rígido y se tuvo que modificar al tiempo que aparecieron las primeras mujeres en un kibutz por: «de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades».

Los postulados sobre los que se asienta la doctrina kibutziana se pueden reducir a estos cinco que son los más importantes: 1. La tierra pertenece a la nación; ésta se lo arrienda a las comunidades (kibutz significa en hebreo «comunidad»). 2. Trabajo en comunidad. 3. Igualdad; todo aquél que tiene categoría de *haber* (compañero), tiene iguales derechos, sin distinción de sexos. El tiempo de estancia en el kibutz aminora un poco y en algunos aspectos esta regla. 4. El trabajo asalariado se consideraba prohibido. Durante mucho tiempo parecía incompatible con la ideología del kibutz la existencia de unos miembros de segunda categoría. Hoy todos los kibutzim admiten asalariados. 5. Democracia; todos los miembros participan en las tareas de deliberación y gestión y entre todos toman las decisiones por mayoría y eligen los encargos directivos. Estos principios no son limitativos, las especiales características de cada comuna hacen que aumente la lista según sus peculiaridades: como en los kibutzim religiosos el fiel cumplimiento de los preceptos bíblicos o como en alguno de extrema iz-

quiera que prohíba el tener un nivel de vida superior al de la clase obrera israelí o hasta propuestas para colaborar en la paz con los palestinos.

Dentro de la evolución doctrinaria del kibutz, hay que mencionar el gran impulso que significó en su bagaje ideológico y estructural la aportación del grupo Guedoud Ha-Avoda, («el batallón de trabajo»). Esta organización fue fundada por José Trumpeldor, uno de los héroes máximos de la época de los pioneros (murió defendiéndose de un ataque árabe en 1920). Pretendía participar en todo aquello que fuera de más necesidad para el país: construir carreteras, desecar pantanos, colonizar zonas despobladas, organizar la defensa contra los árabes, etc. Uno de sus miembros, Salomón Levi, expresaba de este modo sus aspiraciones: «La *kvutza* (kibutz de pocos miembros, como fue originariamente) no permite al hombre desarrollar plenamente sus capacidades; limita su horizonte, no permite a su espíritu elevarse más alto. Servicios públicos, tales como la educación de los niños y las actividades culturales no pueden atenderse a un nivel elevadamente alto más que dentro de una gran comunidad. Debemos crear dentro de cada *kvutza* lo que no puede ser realizado más que si se combina la industria y el artesanado con la agricultura. De este modo, la *kvutza* puede ser una unidad económica que se baste a sí misma, asegurando casi todas las necesidades de sus habitantes. Esto permitirá a la *kvutza* liberarse de la economía capitalista de las ciudades y de la explotación que la acompaña» (???). Había nacido el gran kibutz y el kibutz industrial.

Aún cuando no han existido normas rígidas y homologadas para la organización interna de todos los kibutzim, sí ha existido una serie de regulaciones que podríamos denominar típicas y que sí normaban la vida de cada respectivo kibutz. Siempre han existido divergencias, dadas las diferencias ideológicas de la población judía en la que era susceptible encontrar desde troskistas a ultraortodoxos que no concebían la existencia de un estado judío más que cuando llegara el «Mesías». Las vicisitudes del nacimiento y desarrollo del Estado de Israel también intervinieron, marcando y acentuando diferencias, y, por último, sin ser exhaustivo, la evolución económica, la experiencia y la adaptación a las nuevas condiciones y circunstancias han ocasionado tensiones internas y modificaciones, unas veces secundarias, otras sustanciales, en unos casos afectando a la generalidad de los *haverim* (compañeros), en otras a sólo un grupo... etc., pero que han desembocado en diferencias y cambios. No obstante, al menos en su época de esplendor, años anteriores y posteriores al nacimiento político de Israel, en todo caso hasta «la Guerra de los Seis Días», sí existía una serie de rasgos que tipificaban el kibutz. El kibutz, todavía hoy, tiene como órgano principal y como suprema autoridad la asamblea general de los miembros, la cual toma las decisiones importantes de la vida comunal según el principio democrático que rige la de esta comuna. Sin embargo, sería muy embarazosa su reunión y convocatoria para cada uno de los asuntos que se le plantean a la comunidad, por lo cual se limita a reunirse unas pocas veces por año para solucionar los principales problemas (según su importancia se exige simple mayoría, dos tercios y tres cuartos) y, además, para elegir las personas que formarán las diversas comisiones que por un periodo de uno o dos años, según su misión, regirán la vida del kibutz con facultad delegada.

La asamblea elige la *maskirut* («secretariado»); que viene a ser un «consejo de ministros» del kibutz.

El plan de trabajo es ejecutado por el planificador de cada una de las actividades de la misma rama de acuerdo con el plan general, aprobado por la Asamblea General. Hay también un centralizador de trabajo, que es quien organiza y distribuye el trabajo cotidianamente, según las necesidades y previa audiencia de los responsables y especialistas de cada rama. La jornada suele ser generalmente de ocho horas, que en la práctica se reducen a menos, ya que se comprende descansos, desayunos, etc. Sin embargo, en los comienzos de la creación del kibutz se necesitarían más horas, pues junto a las dedicadas a los cultivos había que añadir las de construcción de los pabellones, obras de regadío, etc.; igualmente ocurre cuando las necesidades exigen trabajar por exceso de estas ocho horas. Para las personas de cierta edad o para los niños, el trabajo se reduce gradualmente.

Ciertos trabajos, como el del comedor y cocina, son rotativos entre todos los miembros, o a veces se adopta el sistema mixto de personas fijas para desayuno y comida, y para la cena descansan éstas y se establece un turno para servir a la mesa y fregar los platos entre todos los demás.

No todos los miembros de un kibutz trabajan dentro de los límites territoriales del mismo. Muchos ejercen su actividad fuera; bien sea por satisfacer necesidades del kibutz (enlaces con cooperativas de venta y consumo, y hasta con empresas de turismo), bien sea por motivos económicos (el haber creado una empresa dedicada al transporte); o quizá, utilizar la inteligencia del haber en el medio que deba desenvolverse, por ejemplo: como estudiante en la Universidad o ampliando estudios científicos en centros del mismo carácter, como políticos en el gobierno (David Ben Gurión y muchos ministros y diputados fueron haberin de diversos kibutzim), etc. Pero sin embargo, lo que ganan revierte en el fondo del kibutz, que por otra parte sufraga todos sus gastos.

El trabajo se distribuye entre la agricultura, el ganado y los diversos servicios: niños, escuela, jardín, talleres, dispensario médico, cocina... Muchos kibutzim poseen también una industria que puede ser complementaria de la agricultura, como por ejemplo, el embalaje de frutos; o puede ser también una pequeña industria que absorba el trabajo sobrante y regularice las entradas y salidas de la economía del kibutz; o quizá una gran industria que sea la base del kibutz.

La total producción del kibutz, o mejor dicho, los ingresos procedentes de la misma, pasan a formar parte del haber comunal. En la mayoría de los casos, el kibutz es una empresa lo suficientemente próspera para que pasemos a considerar lo que se efectúa con sus ingresos. En primer lugar se equilibra la balanza de ingresos-gastos. El beneficio se distribuye según los principios comunitarios de la siguiente forma: 1. Se mejoran y agrandan las instalaciones. 2. Se procede a la distribución de la parte dedicada a los haberim en la misma cuantía que el año anterior. Cada haber tiene derecho a una cantidad que constituye el elemento principal que marca, dentro de las divisiones que constituyen su destino, la personalidad del individuo, ya que éste puede disponer de ella según la autono-

mía de su voluntad. Recibe: a) una cierta cantidad para vacaciones (variable, según el estado económico del kibutz), b) otra cantidad destinada a vestidos, c) lo mismo relativo al calzado, d) una asignación para retirar productos del almacén como licores, galletas, café, caramelos, útiles de aseo, papel especial para empapelar la habitación y demás cosas que hagan sentir el haber una vida de absoluta independencia dentro de su pieza y en las horas libres, e) otra cantidad para sacar libros, periódicos o discos. 3. Si el excedente de los beneficios es muy grande, se suele mejorar el nivel de vida de la comunidad, comprando a todos los *haverim*, o según un grado de veteranía, por ejemplo, una radio o un frigorífico, o aumentando las asignaciones antes descritas.

Hay que puntualizar que el kibutz considera como gastos generales la ropa y el calzado de trabajo; para conseguir los cuales, no hay más que ir al ropero a recoger lo que haya disponible; lo mismo con respecto al mobiliario esencial; si se quiere otro especial habrá que destinar una parte de lo dedicado a otras materias. La adquisición de lo que se desee puede hacerse en el almacén del kibutz; dónde hay una cuenta en la ficha de cada *haverin*, pudiendo retirar a su voluntad hasta que se extinga este crédito; también, si lo existente en el kibutz no es de su agrado, éste lo solicita fuera.

La planificación de los pueblos comunitarios se debe a Ricardo Kaufmann. Este sociólogo recomendó una separación entre las zonas destinadas a explotación y a residencia; de esta forma no había lugar a que los pobladores del kibutz sufrieran todos los ruidos y olores producidos por la maquinaria agrícola y el ganado.

Cada pareja de *haverim*, tiene para sí una pieza, que en generalidad de los kibutzim, está compuesta de un pequeño porche con armarios para colocar ropa y zapatos de trabajo; dos habitaciones, o mejor dicho una grande, dividida en dos, una para dormitorio y otra para sala de estar; y el cuarto de aseo con la ducha. Delante de cada pieza hay un pequeño jardín, confeccionado según el gusto y la delicadeza de los ocupantes de la vivienda; algunos, incluso, tienen pequeños estanques y fuentes. Todas las dependencias están unidas por caminos asfaltados que bordean zonas verdes.

La institución más típica y base del kibutz es el comedor colectivo; a él acuden todos los *haverim* para efectuar las diversas comidas dentro de un gran margen de tiempo y pudiendo escoger entre diversos platos. Hasta que las condiciones económicas lo permiten, el refectorio alberga en su seno algo más que la distribución de las colaciones, en él se reúnen las asambleas, se efectúan proyecciones cinematográficas, las funciones teatrales, y a él acuden los *haverim* a discutir y a comentar las incidencias de la política, el deporte, o las faenas agrícolas.

La infancia merece especial atención, en la cual no se escatima lo más mínimo. La parte dedicada a los niños ocupa un sector especial en la mejor zona, desde cualquier punto de vista del kibutz. En la época heroica del kibutz, los hijos vivían en casas especiales según sus edades. A partir de las tres semanas del alumbramiento, la madre dejaba a su retoño en la *nursery*, donde continuaba hasta su total emancipación. Las casas de los niños se dividían de esta manera: la

primera desde su ingreso hasta un año, la segunda desde el año hasta los tres años, la tercera abarca sólo el periodo que va de los tres a los seis, en la cuarta se producía la división por sexos y con los niños de seis a doce años, en la quinta desde esta edad hasta los dieciséis, y a partir de esta fecha cada pareja su pieza independiente.

Existía la errónea creencia, para el desconocedor de la vida de estas comunas, que de esta forma se separaba al hijo de sus padres, para engranarlo en el mecanismo del grupo. Sin embargo, esto no se produce. Tan pronto como cualquiera de los conyugues concluían su labor, se acercaba a la casa de los niños, para recoger a sus hijos y llevarlos a sus habitaciones y juega con ellos. Los hijos son vestidos según el gusto de sus padres, y éstos influyen en su manera de ser con la misma intensidad que cualquier progenitor dentro de cualquier otra forma de vida social. Las horas de trabajo son dedicadas exclusivamente a este menester, y las de descanso al más absoluto reposo, sin tener que pensar si el niño llora o deja de hacerlo, si ha comido o no, etc. Para estas labores existe personal adecuado. Por otra parte, el tiempo dedicado a los hijos se empleaba con la misma intensidad que los otros menesteres, al no necesitar ocuparse de hacer la comida, ir a la compra, etc.

Quizá lo más sorprendente que uno se encuentra en un kibutz sea el nivel cultural existente dentro de él. Sin embargo, difiere mucho éste de uno a otro, igualmente que las características de sus actividades culturales. Todos los haverim tienen su discoteca y biblioteca, aparte de la comunitaria. Cada semana hay audiciones musicales y proyecciones cinematográficas. Algunos kibutzim tienen orquesta propia o un grupo de teatro, formado con sus miembros. Es muy corriente la existencia de magníficas salas de exposición, tanto para exponer la producción artística del kibutz como para organizar exposiciones de artistas nacionales o extranjeros. Fuera de las horas de trabajo, y con plena libertad, se dan clases de danza, idiomas, cerámica, etc. Todo con el fin de que no se emboite la inteligencia por sólo efectuar trabajos manuales.

Otro capítulo importante es el de la defensa. Las peculiares condiciones internacionales hacen que este asunto sea de primordial importancia. Si viéramos un mapa de Israel con los kibutzim existentes en él, veríamos que están situados, en su mayor parte, a lo largo de las sucesivas fronteras. Están rodeados por una cerca de alambre de espino y con un sistema de iluminación que permite ver perfectamente por la noche una franja de terreno a ambos lados de la valla.

La ideología política y religiosa ha matizado diversos tipos de kibutzim según se hallen afiliados a una u otra idea. Estas divisiones han sido tan fuertes, que a la hora de plantearse los problemas políticos, hubo que efectuar especies de referéndum para decidir la directriz que debía seguir el kibutz, dando opción a los opositores entre abandonarlo o aceptar lo decidido. En Ein Harod, el llamado Berlín israelí, se repartieron las tierras entre las dos facciones y entre ambas levantaron una valla que separa a padres e hijos y a un hermano de otro. La principal escisión se produjo en 1940, cuando del partido Mapai se separó una fracción por considerar poco revolucionaria a la otra, constituyendo el partido de extrema izquierda MAPAM.

En el orden práctico, estos problemas tienen gran importancia, pues la directriz política determina el desenvolvimiento de los kibutzim. Con respecto al nivel de vida, hay kibutzim donde es norma que no pueda haber un nivel de vida superior al de la clase obrera israelí. En algunas colonias se permite que el haber lleve algunos bienes que incorpora a su uso; en otros, estos pasarían a la comunidad, la cual dispondría cual era el destino más adecuado para los mismos. Las indemnizaciones del Gobierno alemán supusieron un problema. ¿A dónde va a parar la tal indemnización al peculio del haber, al tesoro de la comunidad, a parte para cada uno? Cada kibutz lo resuelve de una forma.

Hay que hacer especial mención del kibutz religioso, donde además de los principios antes apuntados, se encuentra otro: el de adaptar la vida de la comuna estrictamente a los preceptos bíblicos, lo cual da origen a un sinfín de problemas técnicos, tales como, la imposibilidad de mezclar granos diferentes, la prohibición de efectuar injertos y el cumplimiento del año sabático por el cual las tierras tienen que descansar un año de cada siete.

Como he referido anteriormente, los problemas han sido constantes. Igual que toda organización que cambia y se adapta a las circunstancias, estas necesidades de ajuste se traducen en tensiones, problemas y puede ser que incluso lleguen a crisis. Pertenece ya a la historia cuando se produjo el primer problema: como en otros ámbitos, la causa fue la mujer. La existencia de una mujer dentro del pequeño núcleo de pioneros constituyó un problema que parecía casi insoluble. La adopción del principio que admitía la igualdad de sexos puso punto final a esta cuestión. Pero el nacimiento del primer niño abrió una nueva incógnita: ¿Quién pagaría sus cuidados? ¿Quién lo educaría? El sistema de educación comunitaria fue la solución en ese momento. Actualmente, ese problema ha dejado ya de serlo, puesto que prácticamente se ha abandonado en la mayoría de los kibutzim su característico sistema de educación y crianza de los niños en la «casa de los niños». Se trata de algo más que una alteración organizativa. Constituye la pérdida de un pilar ideológico y de un catalizador de expectativas para alcanzar metas, no sólo dirigidas a la consecución de un nuevo estado judío, sino también de un nuevo hombre, entiéndase, o mujer, judío.

Otro de los aspectos, igualmente con considerable componente ideológico, que se ha modificado prácticamente en todos los kibutzim, ha sido el de prohibición, o al menos restricción, del trabajo asalariado. Estas colonias agrícolas han llegado a ser tan prósperas en muchos casos, que de hecho se han convertido en empresas. Este principio también prácticamente ha pasado a la historia y sólo piensan en él algunos nostálgicos o radicales. Se da el caso, que yo he llegado a conocer directamente, en el que existe práctica segregación de inmigrantes. He visitado, no hace mucho, un kibutz en que un sector de la colonia estaba ocupado por inmigrantes tailandeses. Ese mismo kibutz, como algunos otros, estaba además convertido en hotel, siendo el comedor colectivo un atractivo o curiosidad.

La pérdida de peso específico de las fuerzas progresistas israelíes, las cada vez más patentes contradicciones en la dialéctica no ya árabe-judío, sino judío-palestino, y que a nivel global se han reducido a su mínima expresión los referentes ideológicos de carácter radical, han constituido la puntilla para el movi-

miento kibutziano. Siempre, desde que Israel ha sido un estado, fue cuantitativamente minoritario, pero como he señalado anteriormente, ocupó un papel cualitativamente considerable. Aunque la intención de estas páginas es demostrar, o más bien mostrar, la existencia de un Israel no recalitrante y aún progresista, hasta con raíz en la utopía ideológica, es un hecho que el progresismo está siendo modificado por un paulatino giro a la derecha. El papel político y militar, que en su momento desempeñaron los kibutzim, está siendo sustituido por los asentamientos, generalmente integrados por individuos situados ideológicamente fuera del componente sionista, en las antípodas de los que fueron propios de las primeras aliyats.

Los kibutzim integraron el primer y más llamativo eslabón de un basto sector cooperativo agrícola que ha ido desde la comuna más integral de todas las experiencias comunistas conocidas -no me olvido de China, ni de Cuba, aunque quizás sí de Corea y borro la bestialidad *khmer*- hasta la empresa capitalista. Han coexistido con otras cooperativas agrícolas que no dejan de presentar originalidades.

De la comuna a la empresa privada

En la cadena que comienza en el kibutz, el final lo ocupa la *moshava*. Lo que hoy conocemos como *asentamientos* en territorios Palestino son en su mayoría moshava, cuando se dedican a tareas agrícolas. Es esta la forma más simple dentro de las organizaciones sociales y económicas agrarias existentes en Israel. Es idéntica a cualquiera de nuestras aldeas, donde encontremos alguna institución cooperativa. Tiene sus orígenes en los primeros establecimientos, creados por los inmigrantes de la primera aliyat. Con posterioridad a la primera guerra, la que los israelíes denominan de la «independencia», muchas de estas aldeas ocuparon las tierras de los árabes que huyeron de esa época y que automáticamente le fueron decomisadas. En la actualidad tienen gran importancia, porque sirven como centro de recepción de inmigrantes, principal problema después del de la defensa, y porque con ellas se están ocupando partes de la actual Palestina, tanto en Cisjordania como incluso en Gaza. Por lo demás, no poseen particularidades de gran interés.

En cuanto al *moshva shitufi*, es una forma cooperativa de producción intermedia entre el kibutz y el *moshav ovdim*, que se tratará posteriormente. Los principios sobre los que se asienta son idénticos a los del kibutz, igualmente que su organización. La diferencia esencial entre estas dos formas cooperativas consiste en que en el moshav shitufi ha existido siempre vida familiar independiente.

En el moshav shitufi, cada familia lleva una existencia autónoma. Tienen una pequeña casa donde cocinan a su gusto y cuando quieren. Los hijos viven en casa de sus padres y sólo la abandonan para asistir a la escuela o para realizar las horas de trabajo anuales que les corresponde según su edad, del mismo modo y manera que en un kibutz.

El hecho de que cada familia tenga su cocina separada ha variado un tanto la posición de la mujer en esta clase de instituciones. La mujer conserva, de dere-

cho, su igualdad, pudiendo ocupar cualquier cargo de responsabilidad dentro de la vida del moshav shitufi. Sin embargo, al estar ligada a las labores domésticas, tiene que dedicar parte de su tiempo a las mismas, por lo cual, en cuanto al horario laboral de la mujer casada, ésta trabaja durante todo el día para su casa y después dedica una parte de su tiempo a las faenas comunitarias. Hecho el cómputo necesario para llevar a cabo el trabajo interno, se llegó a la conclusión de que la casa lleva un trabajo de unas seis horas diarias, por lo cual dedica otras dos a la comunidad.

En cuanto al reparto de los beneficios, sobre el ejercicio del año anterior se hace un cómputo del saldo posible en el ejercicio actual, y sobre una cantidad del mismo se efectúa una división, que corresponde a los doce meses del año, dividiendo el resultado que dé en el número de familias en la colonia; pero no de tal forma que todas las familias reciben la misma asignación, sino teniendo en cuenta el número de miembros que constituyen cada una. Por la cantidad que les corresponde, se les da unos vales que cada ama de casa canjeará en la tienda, que al efecto existe en todos los moshavim shitufi, por los alimentos o enseres necesarios. Si no gasta totalmente su peculio, puede transformar los vales por dinero, que puede emplear sus vacaciones o en lo que desee. La organización del moshav, del mismo modo que en el kibutz, provee de aquellos enseres de costo elevado, tales como frigidaires, radio, aire acondicionado, cocinas de gas, etc. Todo lo demás funciona de modo exacto al del kibutz.

El moshav shitufi es la menos extendida de las cooperativas de producción, aún teniendo en cuenta que *Kefar Hittim*, el primer moshav shitufi, fundado en 1936 por un grupo de judíos procedentes de Bulgaria, aún conservan el delicioso idioma castellano con la misma dicción con que lo hablaron nuestros clásicos.

Otra variante de la red cooperativa sobre la que se crearon los cimientos sociales, políticos y económicos de Israel y lo israelí -que no israelita- ha sido el moshva ovdim la más extendida de estas instituciones fuera de la moshava, que no tiene -o tuvo- mas particularidad que asentarse sobre tierras que los propios judíos estimaron como jurídicamente pertenecientes a la «nación judía».

En 1919, Eleizer Yaffé publicaba en una gacetilla los principios que habían de regir el moshav ovdim: 1. Dominio nacional de la tierra. 2. Trabajo personal de cada cabeza de familia, ayudado por sus familiares. 3. Asistencia mutua entre los componentes del moshav. 4. Agrupamiento de compras y ventas.

En el moshav ovdim, cada familia tiene una granja que la explota del modo que quiera, incorporando el producto de sus ingresos totalmente en su patrimonio, a excepción de la parte de capital destinada a sufragar las instituciones comunes. La tierra pertenece a la nación, que viene a dejársela a los colonos en una especie de usufructo perpetuo o al menos prácticamente ilimitado. La explotación destinada a cada agricultor es de la misma extensión. Cuando el padre fallece o se ve imposibilitado para dirigir la explotación, se subroga en su lugar uno de los hijos, el que él quiera, con una especie de placet de la asamblea general de colonos; pero sólo uno de los vástagos: la explotación es indivisible.

La estructura del moshav ovdim está sumamente conseguida. Cada familia tiene su hogar independiente, donde habitan todos los miembros de la misma. Delante de cada hogar hay un pequeño jardín, cuidado por sus componentes. Inmediatamente después de la vivienda se encuentra el establo con el ganado mayor, a continuación, las aves. Después encontramos los frutales, la zona de regadío intensivo, seguida de la que necesita menos irrigación, el secano y al final una zona de tierras que sólo son rentables en régimen de explotación extensiva, por lo cual están sometida a régimen comunal. En la parte central de la aldea se encuentra la secretaría, los almacenes, el silo, el depósito de leche, la incubadora, la tienda, las escuelas, el salón de actos, la sinagoga, etc. Es clásica la estampa de Bahalal, en el cual las viviendas forman un círculo en cuyo interior se encuentran todas las instituciones comunales. Radialmente a continuación de la vivienda, formando anillos concéntricos, los diversos cultivos del modo antes indicado.

La organización política de esta variedad de colonias agrícolas es semejante dentro de la organización general a las ya descritas del kibutz: asamblea general, comisiones, secretariado, etc.

El ingreso en los moshavim ovdim sufre variantes. En primer lugar, se toman en consideración los datos y aptitudes del solicitante. Una vez admitido, entra en la colonia, pero como si fuera un asalariado, dándole una casa y una pequeña parte de las tierras, que si sale triunfante de la prueba, le pertenecerán. De esta forma trabaja de seis meses a un año. Una vez concluida esta tutela, pasa como cultivador directo de su futura parcela por un año. Concluida este periodo, se somete a la asamblea general su ingreso; si ésta acepta, es ya un miembro del moshav con plena capacidad. La asamblea puede prorrogar los plazos, si no fue satisfactoria la prueba, o puede denegar el ingreso en la aldea de modo inapelable. Como en los kibutzim, el ingreso está condicionado, pero la salida es libre, siempre que no se tengan cuentas pendientes.

Cada familia participa con una cierta cantidad de dinero en los gastos comunales y en aquellos otros que pudiéramos llamar municipales. También contribuyen a la colectividad con un cierto número de horas de trabajo anuales.

Sindicatos, cooperativas y tercer sector

Complemento del tejido de colonias agrícolas fue una serie de instituciones de carácter cooperativo, que además conectaron al sector agrícola con el de la industria y el de los servicios. Tal ha sido el caso de Tunva, la sociedad cooperativa de comercialización, que en su momento pudo resultar modélica hasta a escala mundial. Además de comercializar los productos agrícolas, creó una vasta red de industrias alimenticias. A su vez, se relacionó con una organización paraestatal, Tunva Export, que a través del Ministerio de Comercio logró comercializar y centralizar las exportaciones agrarias.

Pero aún más importante ha sido el papel desempeñado por la Organización General de Trabajadores Judíos: La Histradut, en la línea de los «Sindicatos

Libres», próxima al Partido Laborista, y por tanto a la Internacional Social-Demócrata, ha aportado el ensamblaje de todo el armazón cooperativo cupiéndole el mérito de que Israel, una vez fenecido el modelo yugoslavo que construyó Tito - el croata y no el romano destructor del Templo-, sea sin duda el país donde lo que se ha convenido en designar como «el tercer sector de la economía» reciba su mayor y mejor expresión, superando incluso a los países escandinavos.

Nació Histradut el 20 de diciembre de 1920 en Haifa y tuvo su origen en la necesidad de constituir un sindicato los trabajadores judíos para poder resistir la competencia de la mano de obra árabe, más barata y más compenetrada con el medio. Por otro lado, aspiraba a crear una organización de tipo asistencial, de la cual se encontraban tan necesitados los pioneros de las primeras inmigraciones.

Si en el clásico concepto de sindicato quisiéramos encuadrar la explicación de lo esencial de la Histradut, sin duda alguna, se sacaría un concepto, que si no se puede decir que sea erróneo, sí está bastante alejado de la realidad. Es casi un estado anterior al estado, separado del estado y con influencia mutua. Lo que en un principio no fue más que una simple y pequeña agrupación de trabajadores con fines defensivos y asistenciales, es hoy una organización que sobrepasa el millón de miembros, y que junto a las funciones típicas sindicales posee una extensa red cooperativa, además de tener en sus manos, totalmente o en parte, una gran parte de la industria de Israel.

En la primera asamblea de trabajadores judíos, desarrollada en Haifa en 1920, de donde salió la Histradut, se propuso como meta ayudar a desarrollar el país a fin de permitir la absorción de las olas de inmigración y a formar a los inmigrantes para permitirles contribuir a dicho desarrollo. Los principios básicos, que aún se mantienen, son: no explotación, trabajo personal y ayuda mutua. Su tarea no consiste solamente en mejorar el nivel de vida, sino también crear entre sus elementos una verdadera comunidad de entendimiento y objetivos.

La Histradut se propuso como abierta a todo aquel que gana su sustento con su propio trabajo, sin explotar el de otro (artículo primero de sus estatutos). Es ésta la única condición que se impone para tener acceso a la Histradut, cuya entrada es libre, tanto a las amas de casa, como a los trabajadores intelectuales, a los funcionarios, a los estudiantes o a los integrantes de las llamadas profesiones liberales.

A pesar de ser cuantitativa y cualitativamente la principal central sindical, la Histradut ha competido con otras organizaciones sindicales minoritarias: Hapoli, Hamizraji, Haovdim, Halenmit, Hgudat Israel... e incluso con sindicatos árabes, quienes también acabaron siendo admitidos en la Histradut. Estas y otras organizaciones gremiales han menoscabado el papel de la gran central de sindicatos judíos, actuando al calor de la paulatina orientación derechista del gobierno y de los cambios sociológicos operados en Israel, traducidos en la pérdida del monopolio laborista que existió durante la gestación y primera parte del estado de Israel.

Tres años después de la creación del Histradut las dimensiones y el ritmo de la actividad económica fueron los suficientemente importantes como para que surgiera la necesidad de crear una organización capaz de coordinar y de controlar la expansión económica, de limitar y definir los objetivos y asegurar la marcha

de las operaciones conforme a la misión del movimiento obrero. Tales fueron las conclusiones del Segundo Congreso del Histradut celebrado en 1923, fruto de las cuales fue la creación de la Jevrat Ovdin (Asociación Cooperativa General de los Obreros Judíos en Israel).

La Jevrat Ovdin se convirtió en una superestructura institucional, capaz de competir con el gobierno, si no fuera porque de hecho ha funcionado también como un estado dentro del estado, o más bien una Administración junto a la Administración estatal. Inicialmente estuvo capacitada para acometer todas las tareas que permitieron la colonización de los judíos en Israel, pero igualmente se la capacitó para crear desde bancos a industrias. Sus ramas han abarcado toda la vida económica de Israel y ha sido propietaria de los transportes de viajeros urbanos, e interurbanos, auténticamente ejemplares, de la naviera de Israel y de la compañía aérea de vuelos internos, uno de cuyos aviones precisamente ha sido intentado abatir recientemente en Kenia. Su actividad empresarial ha llegado hasta la producción de material de guerra y obras públicas en el extranjero.

De acuerdo con sus disposiciones estatutarias, «los bienes de la Jevrat Ovdin como organización central de la Histradut, son propiedad colectiva del conjunto de sus afiliados. Dividendos no pueden ser distinguidos, sino, según sus estatutos, deben ser reinvertidos en la economía, en la ampliación de las empresas existentes o en la creación de otras nuevas». La mitad de los miembros de la oficina ejecutiva de la Jevrat Ovdin son miembros ejecutivos de la Histradut, lo que asegura plena coordinación y la política general social y económica del movimiento obrero.

En realidad, mucho más de lo que han podido soñar los movimientos obreros en cualquier país democrático avanzado. En este caso no se trata de presupuestos de ningún pensamiento utópico, sino de reales conquistas sociales y económicas de la clase obrera. ¡La judía por supuesto!

Cara y cruz. La cruz la de los Palestinos.

No cabe duda el papel primordial que desempeñó para la construcción de Israel el pensamiento utópico, el carácter progresista, el componente socialista, incluido el marxista, la ejemplar estructura sindical, el papel político de un laborismo profundamente obrerista, el radicalismo del kibutz... hasta entroncar, actualmente, con un movimiento pacifista que se tiene que desenvolver en condiciones casi heroicas. Pero, tampoco cabe duda que todo ello se ha realizado dependiente de tres constantes. Primero, el sionismo como principio y fin de ideas y actos. El horizonte siempre se dirigió a la construcción de un «hogar nacional y judío». Su condición de socialista o era secundaria o constituía un atributo que, para muchos dignificaría y, para algunos, depuraría la expectativa de utopía socialista, contribuyendo a la creación de un nuevo hombre y una nueva sociedad, judía ¡claro!, aunque pudiera ser laica.

Segundo, toda la historia de ese movimiento ideológico se ha realizado a través de una dialéctica de oposición con los árabes, en general, y, en particular, con los palestinos.

Tercero, igualmente siempre ha existido un cordón umbilical que nutría y animaba inicialmente a los colonos, y después su acción nacionalista y más tarde al propio estado en sus variadas y diversas facetas. Cordón umbilical que se iniciaba, e inicia, en instancias económicas y políticas semi-ocultas, alejadas y, por supuesto, ajenas u opuestas a los actos e ideas de esa, en un primer momento, mayoría, después minoría progresista.

El enfrentamiento con los árabes ha sido constante. Aunque ha desembocado en guerra internacional y en una más cruel e insoluble confrontación de comunidades, no siempre fue así. En un primer momento, los enfrentamientos no tuvieron lugar con los árabes, sino con algunos árabes que cometían actos de latrocinio en los asentamientos de los colonos. Muchas de estas rapacidades se debieron a los beduinos cuyo modo de vida no era ajeno al pillaje. Curiosamente, con el tiempo muchos beduinos han acabado colaborando con Israel, en cuyo ejército existen actualmente unidades formadas por beduinos. Tampoco faltaron comunidades de población aborigen que simpatizaron con los pioneros judíos. Tal ha sido el caso de la minoría brusa, que llegó a colaborar en la guerra con los judíos, quienes les consideran tan ciudadanos de Israel que se les exige el servicio militar. También la animosidad ha variado de unas áreas a otras. En San Juan de Acre-Ako, los árabes no se enfrentaron con los judíos durante la guerra, y en Haifa, ciudad que tiene fama de izquierdista, se ha llegado a un cierto equilibrio entre las dos comunidades.

Sin embargo, la paulatina arribada de inmigrantes en las sucesivas aliyats y el incremento de la población judía, ya instalados en las ciudades y principalmente en Jerusalén, donde la competencia fue además religiosa, ocasionó que un fenómeno, en un principio parcial, se fuera generalizando, convirtiéndose en un conflicto étnico, más tarde político, origen de centenares y hasta de miles de víctimas. Ya en los años treinta la situación era la de haber pasado a la historia la colonización en *res nullius*.

Con el holocausto y el final de la guerra mundial, la llegada de inmigrantes judíos se disparó -nunca mejor dicho- y el enfrentamiento adoptó la modalidad de a «tres bandas»: árabes, judíos. Las autoridades coloniales británicas pretendían evitar tensiones, hacer valer su autoridad y dominio colonial cada vez menos interesante, y acabaron admitiendo más judíos. A los recién llegados, muchos de ellos clandestinamente, aquella Palestina les resultaba como si se tratara de un paraíso. Por muy adversas que aparecieran las condiciones, eran muchos mejores que las que habían atravesado. Hasta la Europa vencedora de la posguerra dejaba mucho que desear en cuanto a condiciones de vida. Para ellos, Palestina era la única posibilidad y se aferraban a ella, costara lo que costara. Era una cuestión de supervivencia. El que el costo supusiera una injusticia, cosa que no tenía necesariamente porque serlo, era algo insignificante para muchos judíos de aquel periodo histórico. Las grandes deportaciones de pueblos y regiones enteras habían sido y eran moneda corriente -Sudetes, Pomerania, Prusia Oriental, Chechenia, Ucrania, Sakalin... hasta los Norteamericanos de origen japonés fueron masivamente confinados. En muchas partes de Palestina -y no digamos en Oriente Medio- había cabida para ambas comunidades. En este

contexto surge la resistencia y la lucha clandestina de los judíos, entre los que se encontraban muchos con experiencia y preparación para la lucha. Y en este mismo contexto aparece también la represión y el terrorismo. No fueron pocos los resistentes judíos ajusticiados por los británicos. El «Rusian Compound» de Jerusalén -unos terrenos e instalaciones pertenecientes al gobierno zarista, donde los peregrinos ortodoxos rusos se alojaban-, fue el lugar desde donde se centralizó la represión. Hoy lo conservan los israelíes como santuario y museo de aquella etapa de su historia.

Quizás sea molesto recordar la importancia y el papel histórico desempeñado por el terrorismo judío. Consiguieron echar abajo en Jerusalén todo un ala del Hotel King David, el más importante de Palestina. Un comando de extremistas judíos fueron también los autores del asesinato del Secretario General de la ONU, Conde Bernardotte. Terrorismo puro y duro, como ahora se dice. No está de más recordarlo en este momento. «Remember Mr. Bush», «Remember Mr. Sharon». Existían dos organizaciones el Hagana y el Irgoun, más minoritario y activo el segundo. El primero dio origen al ejército, que actualmente se empeña en acabar con el terrorismo palestino. La más sangrienta y siniestramente eficaz acción terrorista del Irgoun aconteció en plena guerra, después de que los árabes de Palestina no admitieran la partición del territorio decidida por la ONU, y los ejércitos de estados, que representaban a cincuenta millones de personas, atacaran a los menos de setecientos mil judíos del proyectado estado de Israel. El Irgoun masacró unas cuantas indefensas aldeas de árabes. Esta cobarde y sangrienta acción -»remember Mr. Bush, remember Mr. Sharon»- promovió la huida multitudinaria de árabes, a los que se les aplicó el terrorismo legal del insurgente estado de Israel, por el que los bienes y tierras abandonadas eran confiscadas e incorporadas a la naciente nación judía. Se ha argumentado que el terrorismo y concretamente esta acción fue obra de una organización minoritaria, de los consabidos «incontrolados». No obstante, la expropiación de las casas y tierras de los árabes huidos estuvo totalmente controlada y revalidada por todo el aparato institucional y la opinión pública de Israel, del de entonces y del posterior. También del actual. Quizás lo recuerde alguno de los magníficos historiadores de la Universidad de Jerusalén. Tampoco está de más refrescar la memoria en cuanto a que estas organizaciones terroristas militaron buena parte de los dirigentes israelíes, incluidos personajes del laborismo. Igualmente, que muchos de estos terroristas salieron de los kibutzim y moshvim.

La nación judía

Un importante factor de cambio ha sido el demográfico. Israel ha pasado del millón escaso -incluidos árabes y drusos- cuando nace como estado, a los cuatro millones actuales. Tal incremento se tiene que analizar no sólo en términos cuantitativos, sino también cualitativos. Israel se abre a la diáspora hebrea, o más bien a los predominantemente desheredados de esa diáspora. La inmigración se estimula, se provoca. Israel precisa de trabajadores y de soldados. El factor trabajo y el factor defensa. No parece que el factor capital constituya problema. Aunque sí el factor tierra y hasta el factor agua.

A Israel accede la más variopinta de las inmigraciones. A las dos comunidades, *askenazi*, la predominante en la etapa previa, y a la *sefardí* o *esfaradi*, hay que agregar otras comunidades judías distintas y distantes. La India, de Kerala. Los yemeníes, que llegaron al extremo meridional de Arabia en los tiempos de la Reina de Saba, polígamos, analfabetos en su mayoría y tan atrasados, que un grupo de ellos en el avión que los traía pretendió calentarse haciendo una hoguera en el interior del aparato. Los judíos de Marruecos, los «marrocanos», como se les llama, son en la práctica culturalmente franceses o españoles, siempre protestando y disconformes. Los de Etiopía, negroides y en los cuales es muy difícil de reconocer el judío, muy presentes actualmente en las fuerzas de orden público y noticiables por motivos de discriminación. Los ultraortodoxos, con sus sombreros, gabanes, barbas con tirabuzones y palidez enfermiza, negándose hablar hebreo -lengua apta sólo para el culto- negando al estado de Israel, sólo alcanzable con la llegada del Mesías, y negándose a hacer el servicio militar, afectados por un sinfín de prohibiciones. Junto a ellos, minorías de modernos alemanes, norteamericanos o ingleses, dedicados a las finanzas, la enseñanza o la ciencia, que parecen otra raza en contraste con la mayoritaria masa de judíos europeos de inferior estatus económico e intelectual. Curiosamente, entre «el pueblo elegido» -al menos en Israel- las diferencias de clases son pocos perceptibles, las diferencias étnicas son considerables y patentes.

Este mosaico -expresión adecuada al tema y a su sujeto- ha requerido de una presión homogeneizadora. Así se ha promovido la constitución de un imaginario simbólico co-participado. La Biblia, las prácticas religiosas, la liturgia propia de los ritos de pasaje, un apretado calendario de festividades judías, la historia -real o transformada, como en todas partes- y el martirologio, propician la creación de un nutrido repertorio de símbolos y referencias. Cierta mitomanía ha sido estimulada desde el poder. Tal es el caso de la especie de peregrinación a Masada, la Numancia israelí, y la celebración de ciertas fiestas judías, convertidas en ceremonias de exaltación patriótica.

Pieza esencial en la política de homogeneización y la vez de creación de una sociedad, un pueblo y una cultura común, ha sido la lengua. El hebreo como idioma nacional es una auténtica *invención*. Nadie lo hablaba en toda la diáspora judía. Para algunos, aún hoy, su uso en la vida diaria esta considerado casi sacrílego. Eran muy pocos los que lo conocían. Su utilización era exclusivamente religiosa. A los niños en las familias practicantes se les enseñaba un poco para emplearlo en las ceremonias de los ritos de pasaje. Venía ser como el latín de unas pocas formas incomprensibles que empleaban los monaguillos católicos. Era una lengua muerta que tuvo que resucitarse, para lo cual requirió su interpretación y adecuación para las necesidades de una sociedad dos mil años más joven. Se requirieron casi veinte años para que alguien la aprendiera desde su nacimiento, para que en realidad fuera su lengua materna y paterna, en el sentido más literal, para que ya fuera el medio de comunicación habitual entre él y sus padres. Más tarde, y merced a un sistema de enseñanza ejemplar y eficaz, como la mayoría de los servicios sociales que ofrece Israel, el inglés es de dominio casi general para las nuevas generaciones y la lengua vehicular de carácter internacional.

Paralelamente a la creación de la nación y del estado, y contrariamente a lo que es un proceso universal y lógico, ha ido apareciendo una sociedad israelí, cada vez mas manifiesta y descollante en el todavía mosaico étnico de Israel. Consecuentemente ha surgido una subcultura con rasgos definidos y típicos: bailes, especialidades gastronómicas, modalidades en la vestimenta..., muchos de los cuales son transformación o préstamos culturales del área Mediterráneo-Mediorientales en la que se incluye la Palestina árabe.

Igualmente que con la lengua, aunque de un modo menos generalizado, surgió, o más bien se estimuló, un tipo humano que correspondía a esa subcultura: el sabra. Se trata de personas ya nacidas en Israel y socializadas en el ambiente de lucha y creatividad, que animó a los pioneros sionistas. Un estereotipo que, además, resultaba diferente, y deseadamente opuesto al estereotipo con el que se ha dibujado por propios y extraños al judío tradicional. Una persona militante sionista, pero también con profundos componentes socializantes, que mira al futuro: altruista, dentro de los límites de su endogrupo, predominantemente laico. Mitad soldado, mitad pionero al estilo kibutziano.

De todas formas, es sintomático como ese estereotipo se ha ido alterando no sólo por la acción del tiempo, sino también como consecuencia del sesgo político del país, a su vez producto de factores demográficos y militares. Si anteriormente, si no predominaba, sí descollaba el componente socialista -gorro kibutziano, camisa a lo Ben Gurión, pañuelo derivado de la *kuffia* árabe..., hoy el componente con simbología religiosa y judía es el que prima. Muchas jóvenes con falda larga y los hombres con la cabeza cubierta o tocados con la *kepa*.

¿Qué decir de la invasión de judíos ultraortodoxos, minoritarios y aislados antaño, pero que actualmente han crecido considerablemente, interviniendo en la política a través de partidos propios, participando en los asentamientos y en el enfrentamiento con los palestinos, y hasta propagando ideas ultras que no descartan el terrorismo promovido por rabinos fundamentalistas radicados en Estados Unidos. Conocí Mea Sherim -el barrio ultraortodoxo de Israel- como una curiosidad étnica, ocupando unas pocas manzanas en una parte marginal y militarmente peligrosa de la «Ciudad Santa». Actualmente es una ciudad dentro de la ciudad, con su peculiar fisonomía humana. Un lugar en el que, no hace mucho, me he sentido incomodo y hasta en peligro por no llevar la cabeza cubierta y rechazar las numerosas colectas de fondos para organizaciones ultras. Una sensación de extrañeza, mayor de la que podría sentir en lo más profundo de la más intrincada medina árabe.

Todos estos aspectos confirman el metabolismo socio-cultural e ideológico en la línea política dominante y hasta en la vida cotidiana, arrinconando las corrientes progresistas, que van siendo sustituidas por otras conservadoras, tanto en lo político como en lo económico, lo cultural y, por supuesto, en lo militar. A nivel internacional, todo ello intensifica la satelitización de Israel por parte de Estados Unidos.

A este respecto, lo que sucede en relación con el servicio militar no puede ser más sintomático. Desde antes del nacimiento del Estado de Israel, el igualitarismo ha

sido una nota dominante que, como se ha visto anteriormente, ha orientado la política social y económica del joven Israel. Se podría pensar que ello supone la dominancia del principio de igualdad de derechos y obligaciones para todos los miembros de la sociedad. Y así sucede, incluso para la población árabe con ciudadanía israelí, pero no en un sector tan vital y representativo como el castrense.

Los árabes están excluidos del servicio militar. Tres años para los hombres y dos para las mujeres, efectivamente prolongado por reservas activas. Los beduinos, antiguos señores del desierto en Oriente Medio, destronados por los jeques de Arabia y por los árabes de las ciudades, no se identifican mucho con la población palestina, por lo que participan voluntariamente en el *Tsal* como mercenarios. Los drusos, ya he dicho que como aliados de los judíos contra los árabes ante los que mantienen sentimientos de antagonismo, aceptan con gusto la conscripción. En cuanto a los judíos, se podría deducir que a todos les afecta el servicio militar, pues es garantía de su subsistencia. Pues, no. Hay excepciones. Por un lado, los judíos ultraortodoxos son objetores de conciencia, a su manera, por supuesto. Por otro, y esto sí que es verdaderamente sintomático, los inmigrantes procedentes de Estados Unidos, son especialmente considerados. El servicio militar es obligatorio, teóricamente, para los inmigrantes judíos que arriban a Israel con una edad inferior a los treinta años de edad, pero de esta norma se han excluido a quienes procedían de la muy importante y decisiva, en gran cantidad de aspectos, comunidad judío-norteamericana.

En otro orden de cosas, hay que señalar un fundamental mecanismo de vinculación del inmigrante, que son la mayoría de los judíos radicados en Israel. Se trata de la red de préstamos que los atenaza al sistema político-económico. Se proporciona todo tipo de facilidades para promover la emigración de los judíos hacia Israel. Si hace falta, el *Kerem Kayemet* ha recurrido frecuentemente a métodos ilegales y a salidas clandestinas. Las primeras «pateras» desde Marruecos, y según parece sus primeros ahogados, fueron judíos marroquíes, a los que nadie molestaba y hasta contaron con ministros en el gobierno de Rabat. En ocasiones se recurría a desencadenar pánicos para impulsar esas salidas.

Una vez en Israel, se les proporciona desde la vivienda hasta todo lo necesario. Y un trabajo, a ser posible, lo que es difícil, de acuerdo con las características del inmigrante. Los préstamos se otorgan con facilidad y generosidad, pero su devolución se exige de modo implacable. A excepción de judíos europeos, ahora, y de los americanos, para la mayoría el retorno suele ser imposible y por ello quedan sometidos a las servidumbres económicas y militares, como también a los atentados palestinos. Se convierten, por tanto, en objetos sujetos más que del sistema, más que israelí, sionista, que comprende tanto a Israel como a Estados Unidos y determinados poderes económicos e intereses políticos de múltiple localización.

El gran cambio

En el último decenio ha acontecido lo que puede calificarse como una nueva aliyat, la compuesta por los todavía numerosos judíos de origen ruso que aún

habitaban la Unión Soviética, donde no gozaban de simpatía oficial ni popular. Recordemos el complot de los médicos judíos para acabar con Stalin. Una vez instalada la Perestroika, su fuga de los países de la ex-Unión Soviética se convirtió en masiva. Muchos rusos no judíos hubieran actuado de la misma manera de haber tenido donde emigrar. Actualmente son tantos, que el ruso es la tercera lengua hablada en Israel, superando al yidish. Tienen su propio partido político, que ejerce de «partido visagra» con la derecha israelí. Ideológicamente, estos rusos no tienen nada de común con los de las primeras aliyats, nutridas por anarquistas, comunistas y socialistas. Se localizan en las antípodas de esas líneas políticas y llegan vacunados contra cualquier experiencia progresista. Con perdón, pues soy consciente de la ofensa, que sin querer hago al judaísmo, es una manera de hablar, pero son «más papistas que el Papa». Aliado el partido ruso con los partidos religiosos, todos ellos promueven dureza contra los palestinos. Configuran un arco parlamentario, más que proclive, aliado natural de la derecha.

No cabe duda que el fundamentalismo judío y la derecha en general cuentan con otro aliado indirecto. El fundamentalismo árabe, principal dominador del terrorismo fanático y cruel, que puede explicarse, pero no justificarse, por el conocido principio de que la frustración genera agresividad. Sobran indicios de que esta frustración parece estar fríamente estimulada en Israel para elevar el nivel de desesperación y humillación que los palestinos ven renovados con la política de asentamientos y de represalias concebidos para que se incremente la espiral de violencia, dificultando las soluciones y propiciando la expulsión individual o colectiva del pueblo palestino. Impidiendo la búsqueda de una paz que no suponga solamente ausencia de violencia material, sino justicia y compensación por los perjuicios ocasionados.

Resulta revelador que los políticos israelíes, comprendidos los laboristas, hayan mantenido una sutil política, impidiendo que en Palestina sucedieran los cambios sociológicos, que se requieren para la construcción de una estructura social propicia al equilibrio, la moderación y el progreso social y económico. Personalmente, he sido testigo de cómo Estados Unidos comprendió que el conflicto salvadoreño no tendría salida si el poder y la derecha estaban centralizadas en la vieja oligarquía terrateniente y en sus representantes. Se requería la formación de una burguesía más modernizante y capaz de llegar a consensuar. Por este motivo apoyó a la emergente burguesía industrial y comercial, compuesta por familias originarias de unas migraciones más o menos recientes. Lo mismo debería suceder en Palestina. No obstante, se ha impedido con mil dificultades: controles, carencia de comunicaciones, primero impedimentos y después destrucción del puerto y aeropuerto... que prosperara el sector comercial palestino. Los profesionales tampoco han visto sus expectativas satisfechas, eligiendo el camino del exilio. Pero, por otro lado, no se ha impedido que la autoridad palestina -su status es de simple autonomía- contara con fuerzas de seguridad armadas y dotadas hasta de servicios de espionaje. Es un timo -en el timo intervienen sentimientos no muy honestos del timado- en el que ha caído la autoridad palestina con satisfacción de los halcones, no sólo del gobierno, sino también de la sociedad israelí, que les encantaría que no hubiera más solución que otra «solución

final» de triste memoria para los judíos y para toda la Humanidad, pero que ahora se dirigiría hacia los palestinos, al menos los de Cisjordania.

Otro componente pilar fundamental del sistema político israelí, quizás el más importante, es el internacional o extranacional. Posee tres nutrientes de desigual potencia, pero todos ellos decisivos. Primero, una red internacional de carácter financiero, radicada en los países anglosajones, principalmente USA, y compuesta por importantes personas o corporaciones. A excepción de la elaboración y distribución de los diamantes y de algún mediano interés agrícola o en la construcción, no mantiene presencia en Israel, pero históricamente han integrado su sostén financiero. Podemos presumir que actúa el conocido principio: «quien paga, manda».

Segundo, y en estrecha relación con el anterior pilar, pero de modo personal e institucional diferenciado, aparece la comunidad judía internacional dispersa en países en los que cuenta con capacidad social y política para actuar: Europa y América, y de modo muy significativo, los Estados Unidos. Allí un poder fáctico que cuenta en sus relaciones con Israel con el beneplácito y un apoyo que resulta mutuo. Se trata de judíos evolucionados -los ortodoxos quedan aparte- acomodados y asimilados en las respectivas sociedades nacionales.

Y, por último, el súper complejo político-administrativo de Estados Unidos. Israel es posiblemente el mejor aliado de Washington y viceversa. Es una situación que continuamente se retroalimenta con las bases socio-económicas de los dos puntos de apoyo, antes mencionados, y cuya presencia, además, primordialmente se encuentra en Norteamérica (USA y Canadá). Con este haz de vectores y de acuerdo con el proceso socio-histórico se ha ido prefigurando, creando y consolidando el estado de Israel. Frente a todo ello, interactuando, a modo de *feed-back*: la acción de los palestinos, respaldada más o menos, cada vez menos, por las naciones árabes, cada vez más por los colectivos musulmanes, y manipulada por integristas y fundamentalismo islámico². La dialéctica acción-reacción resulta determinante. Su omisión, o la unilateralidad en los términos en los que me refería al principio de este artículo, falsea, invalida el análisis, evidentemente.

Hemos llegado a aproximarnos al conocimiento de cómo se ha forjado el escenario, telón de fondo incluido. Al son de qué música se toca y quién dirige la orquesta. Pero no conocemos cómo se distribuyen los papeles de la función, aunque nos sepamos el argumento, por lo que, desenlace es el previsto. A unos les place, a otros les disgusta.

La mayoría de la población de Israel -el cuarto de millón de árabes con nacionalidad israelí no cuenta en este cómputo- es la formada por inmigrantes de a pie. Judíos de todo el mundo, más bien pobres. Los ricos no se han movido, sino les han echado. Integran la mayoría de los votantes, como también de los soldados y de los trabajadores. También son consecuentemente a su mayoría y vulnerabilidad las víctimas del terrorismo desesperado y fanático. En su mayor parte no

2 Dejo para otra ocasión el análisis y descripción de esta contraparte árabo-islámica.

tienen a donde irse. Hay judíos en muchas partes, pero contrariamente a los árabes no hay ningún otro país judío. Actúan de acuerdo a sus circunstancias, que oscilan entre ser desfavorables o simplemente difíciles. Los más beneficiados se encuentran en la categoría de regular, aunque aparentemente hayan mejorado en relación a sus lugares de origen. Su margen de acción política y militar (posición frente al enemigo) viene determinada por el gobierno y la política que les garantice como real o virtualmente su supervivencia. Son susceptibles a cierto grado de manipulación y más permeables a la violencia. Podrían admitir la coexistencia con los palestinos. Son partidarios de la paz, pero no creen prácticamente en ella y a su vez respaldan a gobiernos y gobernantes fuertes y duros, más o menos como los de los últimos años.

Otro subgrupo del anterior es el integrado por los rusos emigrados a Israel después del derrumbe de la Unión Soviética. Se trata de un colectivo con los judíos originarios de lugares bajo dominio zarista, muchos de los cuales participaban de ideologías radicales bien opuestas. Unos eran revolucionarios de diverso pelaje y otros judíos ultraortodoxos. Los rusos de la actualidad son en su mayoría simplemente conservadores, anticomunistas convencidos y por extensión poco proclives hacia posiciones socialistas o socializantes, y como reacción inclinados a posiciones derechistas. Están dispuestos a través de su partido político y como grupo de presión a auxiliar grupos políticos de derecha pro-norteamericanos y anti-árabes. Quizás en un futuro, que no me parece inmediato, puedan alterarse dentro de ciertos límites, sus referentes y horizontes políticos.

Aquellos que vivieron, o mejor dicho sobrevivieron, al holocausto y sus proximidades, participan de características que los diferencian de las corrientes migratorias anteriores y posteriores. En realidad, constituyen un estrato intermedio, lo que vale tanto para su posicionamiento social y político. Sostienen principios más radicales a partir de la mediana fijada por el *establishment*, o sea susceptible, de dirigirse hacia, a derecha o hacia la izquierda, en ambos casos de modo no pronunciado, a excepción de los que se identifican con los partidos y sectores religiosos. Curiosamente desean más bien paz y el entendimiento con los palestinos -sin concesiones y menos que nada en Jerusalén- que el aluvión de los llegados en el último cuarto de siglo. No obstante, están más dispuestos a luchar que la mayoría, no haciendo malas caras a las represalias militares.

Quienes se identifican como religiosos, cada vez más importantes cuantitativa y cualitativamente, son otro colectivo que empieza a orientar, cada vez más, la trayectoria del Estado judío. Nadie como ellos puede representar esa identidad política con raíz racial y religiosa. Son los nuevos pioneros de los asentamientos en el territorio palestino. Como he señalado anteriormente, se están convirtiendo en el estereotipo del ciudadano judío de Israel. Ya se sabe que los estereotipos sociales participan de dosis de realidad y falsedad, pero desempeñan una función social en cualquier caso. La historia, si no se hace, sí al menos se escribe, catalizada por los estereotipos sociales.

Democrático, abierto, informal, risueño, cosmopolita, y también sobrio, laborioso, combativo... es la descripción que en 1957 hacía de Israel nuestro -con

permiso de los catalanes- José Plá (El País, 9-10-2002, citado y criticado por Bastenier). Yo viví en ese país un lustro después y también puedo diseñar un estereotipo semejante. Añadiría sin otorgar concesiones al enemigo, y considerando enemigo quien le disputa su espacio vital, otra cualidad: olvidadizo de muchas injusticias con la población palestina. Agregaría que en aquella época se respiraba un ideario socialista, por supuesto acomodado a las circunstancias y un residuo del pensamiento utópico.

Desesperación y esperanza

El laborismo en lo político -línea social-demócrata- y el cooperativismo en lo económico, constituía lo más representativo de Israel. Como en Gran Bretaña, dentro de esas corrientes tenían cabida, más o menos cómoda, otras variantes que en Israel iban entonces desde el Maki -Partido Comunista-, hasta el Mapam -socialista, marxistas y marcadamente radicales-.

El ocaso de los dioses, ideológicos me refiero, los nacidos el siglo XIX, no propicia militancias políticas hacia la izquierda. La socialdemocracia se ve un tanto aislada a pesar de haber generado unos cambios sociales y económicos que han conseguido alcanzar niveles de felicidad y bienestar a los seres humanos con un mínimo costo. Hasta el estado del bienestar, quizás la mayor producción social de los tiempos modernos, aparece anatemizada y acosada por los agores del pujante -es pronto para decir triunfante- neoliberalismo globalizante. Israel no va a ser una excepción. Y el laborismo cuenta con dificultades objetivas y subjetivas para volver al papel prioritario en lo social y en lo político que desempeñó en la primera etapa de la vida de Israel. Actualmente, sólo le cabe la posibilidad de participar en alianzas políticas, permanecer en la oposición o propiciar frentes comunes con los movimientos sociales de orientación progresista.

Los movimientos sociales, como en otras partes, empiezan a prosperar y a ocupar el espacio y parte de los papeles políticos. En Israel está surgiendo un importante movimiento pacifista, que allí es mucho más que una entelequia. Haifa, la tradicional sede del movimiento obrero y de los esfuerzos para el entendimiento judío-árabe, y Tel-Aviv, donde se han concentrado inquietos núcleos intelectuales, constituyen el marco adecuado para el mejor desarrollo de los movimientos sociales. La dialéctica del terror interviene impulsando el pacifismo, como en el ala derecha de la sociedad israelí fortalecen las posiciones de quienes buscan situaciones de fuerza, como las de la creación del «gran Israel», o de expulsar a todos los palestinos, pasando por la más fácil de aterrorizarlo con la poderosa maquinaria militar. A los ojos de la opinión pública mundial, el movimiento pacifista israelí permanece oculto por los acontecimientos y por intereses nacionales e internacionales de impulsar otros modelos diferentes de convivencia.

Es innegable que el frente progresista en Israel es minoritario, pero ello no significa que sea pequeño. Posee un considerable peso numérico al que se debe de agregar el peso histórico, el intelectual y el del entramado corporativo que cons-

tituye todavía el tejido socio-económico que sustenta internamente a Israel. Como he referido anteriormente, el «hogar nacional judío», abierto a los judíos de todo el orbe, contiene poblaciones no hebreas. Además de los drusos existe la minoría de árabes con ciudadanía israelí. Los árabes de Israel, musulmanes unos, cristianos otros, pero todos con auténticos sentimientos de identidad árabe, gozan de los derechos y beneficios del resto de todos aquellos que son ciudadanos israelíes. Derechos y beneficios que, me atrevo a sostener, son muy superiores a los de cualquier árabe disidente del poder en los países árabes. ¿Podemos imaginarnos un partido político en Marruecos, país que por paradójico que parezca es uno de los más liberales, democráticos y más tolerantes con sus hebreos? Y menos aún, ¿qué ese partido además sostuviera abiertamente simpatías con Israel y contra los árabes?

La inmensa mayoría de los árabes de Israel, a excepción de algunas reducidas comunidades que históricamente ha preferido coexistir -«cada uno en su casa y Dios en la de todos» - mantiene simpatías, cuando no colaboración, con sus hermanos de Cisjordania y con el resto de los árabes expatriados. Políticamente se alinea con las posiciones más heterodoxas. Durante años, con los comunistas, lo que sucedía principalmente entre los cristianos árabes. Desde hace unos años participa conjuntamente con los pacifistas judíos en actividades en contra de las acciones militares. Igualmente son numerosos los árabes vinculados a asociaciones o movimientos sociales con carácter progresista, o que intervienen en foros sociales de carácter mixto. Es un hecho su virtual proximidad al laborismo, virtualidad, que puede ser más real en el futuro.

Quedan, aparentemente al margen, los ultraortodoxos, actualmente numerosos. Sus recalcitrantes posturas, empezando por su atuendo, y también aparente oposición al estado de Israel, como igualmente la no participación en sus instituciones, puede hacer creer que se encuentran en una situación de insularidad social, política y económica, no dándose más que una coexistencia física en territorios bíblicos. Nada más irreal. Por un lado, los judíos que no practican o manifiestan su laicismo o ateísmo, reconocen en ellos un grado de perfección o virtud a nivel de pauta ideal. Algo similar en el caso de los católicos en lo que respecta a las órdenes religiosas más rigurosas. Por otro lado, animan, a su manera, las posturas más intransigentes. Se niegan a realizar el servicio militar, pero no que otros repriman o hagan la guerra. Recolectan fondos para organizaciones que incluyen el terrorismo entre sus métodos. Sus conexiones con sus homólogos en Estados Unidos actúan para promover en la superpotencia las políticas más anti-árabes. La xenofobia -son lo más escogido del «pueblo escogido»- y el fundamentalismo religioso se alían con un sionismo militante que crea un caldo de cultivo para todo radicalismo ultra en el conjunto del espectro de ideas y prácticas políticas. Como sucede con sus homólogos de otros credos religiosos rezan para que otros tiren la piedra... y acierten donde más daño hagan «a los malos», que son los otros; o sea los que no sean ellos y sobre todo se les opongan.

Israel, desde su fase de simple proyecto u horizonte, ha integrado un amplio arco de experiencias, repertorios ideológicos, opciones políticas y sociales. Como

todo arco, va de un lado a otro, de un extremo al opuesto; en este caso, y es más que un grafismo, de la izquierda a la derecha en sus expresiones más radicales. De una utopía a la opuesta. Las variables demográficas y geopolíticas han actuado para oscilar la posición dominante. El protagonismo ha sido interno, pero los vectores frecuentemente han estado dirigidos desde un exterior político y religioso, que a veces no han llegado a ser acordes. El espacio, el terreno de juego -aquí se ha jugado mucho y también han sido muchos los que han jugado-, ha sido siempre el mismo. Antes, todos la llamaban «Palestina». Ahora sólo algunos.

Bu-craa, bo-ker, tomorrow, mañana..., no es de fácil predicción el que factores y elementos, intervengan en la configuración de un modelo de convivencia, coexistencia, aniquilación o de continua antagonismo entre pueblos que se saludan con la palabra *paz*, pero que de momento no entienden más que la guerra.